

## **De cuando la *Tercera Fuerza* se hizo tecnocrática**

**Jesús M. Zaratiegui**

Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales

Universidad de Navarra

Es conocido el cúmulo de circunstancias que hicieron de las dos décadas de autarquía (1939-59) uno de los periodos más sombríos de la historia económica de nuestro país. Se ha puesto mucho énfasis en las adversas condiciones climatológicas de algunos años, pero menos en la mala gestión de los recursos disponibles. Una autarquía que se presenta como obligada por el ostracismo internacional, pero que facilitó la supresión civil sin testigos de los “malos españoles”, al tiempo que se facilitaba el reparto del tejido industrial y de la tierra a los que, con su sangre, habían defendido los valores auténticos de la España Eterna. A finales de los 50 era obvio que el experimento había fracasado, y que la promesa de Franco de asegurar el pan en cada hogar estaba muy lejos de cumplirse. El cambio ministerial de febrero de 1957 abre una nueva etapa en la política económica de nuestro país, que permitirá recuperar el tiempo perdido durante la autarquía. El Plan de Estabilización y Liberalización (1959) y los Planes de Desarrollo (1964-73) serán los jalones de este periodo durante el que la economía española experimentó crecimientos a la japonesa.

Comenzaba así una etapa más *aburrida* de la historia de España, centrada más en lo económico que en lo político. Sólo en los dos primeros años (el bienio pre-estabilizador, 1957-58) se acometió una reforma tributaria y otra de tipos de cambio; varias medidas para combatir la inflación; y los primeros intentos de liberalización interior y exterior, eliminando en parte la férrea reglamentación del comercio. Dos ministerios aparecen como protagonistas de este cambio de rumbo: Hacienda y Comercio, dirigidos respectivamente por Mariano Navarro Rubio y por Alberto Ullastres. Alentados por los organismos económicos internacionales (FMI, Banco Mundial) que exigían la adopción de una política económica ortodoxa, las autoridades franquistas no tuvieron más remedio que sacrificar el trasnochado proteccionismo patrocinado por sectores falangistas, en el altar de la eficacia tecnócrata. Preservar el Nuevo Estado tuvo sus costes en forma de pérdida de influencia del sector falangista, mientras Presidencia del Gobierno (Carrero) se hacía con las riendas del control político y económico.

Atrás parecían quedar los debates intelectuales y políticos sobre la retirada o no del rótulo de “Reservado el derecho de admisión” a las tareas de la paz. Pero seguía siendo un asunto sin decidir el *problema* que planteaba a España la suerte de los “malos españoles”. Los intentos de institucionalización del régimen, acelerado en 1956 con el encargo de Franco a Arrese de hacer un manual de guía para el buen orden de una democracia orgánica, que no era ni una cosa ni otra. El falangismo liberal de Laín y Ruiz-Giménez, en la estela de Ortega, apostando por integrar a todos, vencedores y vencidos, tuvo su contrapartida en los hombres de la *Tercera Vía* agrupados en la revista *Arbor* y el CSIC, con Calvo Serer y Pérez Embid como elementos destacados, para los que el problema de España se había acabado tras la eliminación física o civil de los perdedores. La hipótesis de una continuidad entre este grupo y los tecnócratas de la década de los 60 ha sido formulada, aunque necesita aún demostración.

En este ámbito se mueven las reflexiones desordenadas que hacemos en las líneas siguientes. En espera de que el trabajo que estamos llevando a cabo vaya dando sus frutos, se pueden adelantar algunas pinceladas impresionistas sobre esta transición que se produjo en la historia de España durante los años 50.

Franco dio a conocer la composición de su 10º gabinete el 25 de febrero de 1957, dos días después se reunía el primer Consejo de Ministros<sup>1</sup>. Un cambio de tal calado (solo continuaron en su cargo seis de los dieciocho ministros) era la respuesta a la crisis más grave producida durante los 36 años de vigencia del franquismo. Situada en el ecuador de ese periodo, marcó un antes y un después, de forma que se suele hablar de dos franquismos: el anterior y el posterior a 1957. Este gobierno, que en sus piezas centrales perdurará hasta 1965, tuvo una notable consistencia y continuidad.

Ruiz-Giménez coincidía con Girón en que los responsables de la crisis de 1956-57 eran los monárquicos *tradicionalistas*, la *Tercera Vía* de Calvo Serer, Pérez Embid y Fernández de la Mora, cuyo logro principal había sido la expulsión del gobierno del equipo Ruiz-Giménez (Laín, Tovar, Sánchez Bella) y el nombramiento de J. Vigón, también activo colaborador del grupo, como ministro de Obras Públicas<sup>2</sup>. En carta a Sánchez Bella atribuyó la crisis a tres razones: la delicada situación económica, la tensión social, y la alarma del Ejército y su oposición a la ley Arrese. Y vendría a ser la concreción de tres crisis latentes: la de febrero de

---

<sup>1</sup> Sobre los gabinetes de Franco y sus remodelaciones, URQUIJO, José R. *Los gabinetes de Franco*. Madrid: CSIC, 2001. En formato electrónico: [http://www.ih.csic.es/lineas/jrug/diccionario/gabinetes/m7\\_franco.htm](http://www.ih.csic.es/lineas/jrug/diccionario/gabinetes/m7_franco.htm)

<sup>2</sup> HISPÁN, P. *La política en el régimen de Franco entre 1957 y 1969. Proyectos, conflictos y luchas por el poder*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2006, p. 49-50

1956 que supuso la salida del propio Ruiz-Giménez; la creada por las tensiones entre ministros económicos acerca del modo de afrontar los problemas del país, y el citado choque de Arrese con varios ministros del Gobierno. Se queja de que ‘se ha querido poner esto [la reordenación económica] en primer plano y dejar en la penumbra todo el aspecto político del relevo’<sup>3</sup>. Entiende que los ganadores son: ‘la tendencia monárquica o monarquizante “antiliberal” de Jorge Vigón y de los amigos de López Rodó; y las fuerzas del Ejército’, mientras que salían perdiendo la Falange más política, y el sector de la Acción Católica. Le parece que la reconversión económica le viene grande a Ullastres, un hombre con mala salud. ‘Se teme que empiecen a correr apreciaciones insidiosas y que la situación económica general les resulte demasiado grave como para poder remediarla solo con austeridad y buena intención. A las mejores gentes de su grupo (por ejemplo, a mi compañero Alfonso Balcells, de Salamanca) les inquieta mucho el que pueda cargárseles las dificultades materiales con que sin duda, han de tropezar y las que advengan sobre España en los meses próximos’.

Destaca el ex ministro el ‘desconcierto en los sectores “viejos” de Falange, que se consideran en este momento vencidos o vejados. A Solís se le ve como un “despolitizador” del Movimiento. Su función sería poner en primer término el aspecto económico-social o sindical y dejar entre paréntesis todas las demás ilusiones o esperanzas políticas de Falange’. Con un prisma similar aprecia la reordenación administrativa de López Rodó: ‘¿No se tratará de acentuar el carácter meramente administrativo y económico del Gobierno, disminuyendo aún más su sustancia política y ya sin ser sustituido por la Secretaría General y los Órganos del Movimiento? Parece que ya empiezan a reunirse grupos de Ministros por materias: si esto es para preparar el trabajo y para llevarlo a Consejo ordenadamente, será bueno; pero, si es para fragmentar la opinión política dentro del Gobierno y dejarlo reducido todavía más a suma de Departamentos administrativos, puede hacerse aún más desconcertante el panorama del futuro’. La inquietud de Ruiz-Giménez ante el ascenso de una tecnocracia de apariencia aséptica, pero tan ideológica como la alternativa política a la que pretendía desbancar, era compartida por el amplio sector que había sido expurgado en 1956.

El nuevo gabinete incorporó dos técnicos competentes que aplicarían esta orientación tecnocrática a su gestión, y que por conocimiento o intuición, creían en la economía de mercado.

---

<sup>3</sup> Ruiz-Giménez a Sánchez Bella, 5 de marzo de 1957. Archivo General Universidad de Navarra, Fondo Sánchez Bella, caja 58, documento 235

Navarro Rubio<sup>4</sup> tenía notable empuje político; Ullastres<sup>5</sup> era persona discreta que hablaba un lenguaje inteligible<sup>6</sup>. Puesto que Comercio se había hecho famoso por el favoritismo en la concesión de licencias, Franco debió concluir que en ese ministerio hacía falta una persona que, además de ser honesto, lo pareciese. Ullastres no tenía ambiciones políticas<sup>7</sup>, Navarro sí, como delata el título de sus memorias: *Testimonio de una vida política truncada por el “Caso*

---

<sup>4</sup> El patrocinador de Navarro –cuenta López Rodó (1990: 90)– fue el Ministro de Agricultura, Rafael Cavestany, quien le nombró Vicepresidente del Instituto de Estudios Agro-sociales. Ullastres (en Varela, 1994: 464) apunta la lógica de esa elección: ‘porque Franco tenía mentalidad de un buen administrador: por tanto, los déficit presupuestarios no le gustaban –aunque quizá admitiese una cierta presión para llevar a cabo obras públicas, etc.–, pero entendía perfectamente lo del equilibrio presupuestario, no le hacía feliz la restricción del crédito, pero aun así le era más fácil entender eso que los mecanismos teóricos de los efectos de una devaluación y una liberalización’

LÓPEZ RODÓ, L. *Memorias*. Madrid: Plaza y Janés, 1990

VARELA, M. (ed.). *El FMI, el Banco Mundial y la economía española*. Madrid: Pirámide, 1994

<sup>5</sup> Ullastres afirma que ‘posiblemente influyó también mi especialización en asuntos monetarios de devaluación y estabilización cuando la gente no sabía nada de eso. Y yo había publicado algunos trabajos’ (Bardavío, 1985: 471). También medió la intervención de Navarro Rubio (1991: 74): ‘días antes de la crisis de 25 de febrero de 1957 Arrese me dijo que estaba en disposición de influir en la promoción de algunos nombres para distintos Ministerios, y me pedía le indicase la persona que estimase más idónea para el Ministerio de Comercio. Le solté el nombre de Alberto Ullastres, uno de los pocos y buenos catedráticos de Economía que entonces teníamos, gran conocedor de los problemas internacionales, joven como yo y además perteneciente a la clase de los Alféreces Provisionales. Luego fue requerido por Carrero para el mismo menester y Ullastres salió nombrado ministro de Comercio’. López Rodó (1990: 91) añade algún detalle: en febrero de 1957 ‘me preguntó Carrero: ¿conoces a un catedrático de Economía que se llama Alberto Ullastres? Le contesté afirmativamente y me cogió de sorpresa lo que añadió a continuación: El Caudillo piensa nombrarle Ministro de Comercio. Luego he sabido que Franco conocía personalmente a su padre, alto directivo del Banco Hipotecario’

Franco veía difícil encontrar un sustituto a Arburúa, al que tenía en alta consideración. Por dos veces dijo a Salgado Araujo (8.11.56 y 17.1.57): ‘Es difícil reemplazar a Arburúa, puesto hay un economista que abarque un problema tan difícil como es el comercio exterior que Arburúa domina’

Sánchez Bella escribía a Areilza: ‘En contra de lo que pueda suponerse el Gobierno no es ni excesivamente monárquico, Juanista, ni tampoco decisivamente Opus. El Caudillo, con suma habilidad ha vuelto a reproducir su permanente gobierno de coalición, ponderando los distintos grupos (...) En lo sustancial me parece bastante acertado y equilibrado el cambio’ (AGUN/ASB/061/231)

BARDAVÍO, J. *Historia del franquismo*. Entrevista a Ullastres en *Diario 16*, 28 de abril de 1985

FRANCO SALGADO-ARAUJO, F. *Mis conversaciones privadas con Franco*. Barcelona: Planeta (reeditado en 2005, con algunas notas nuevas), 1976

<sup>6</sup> Decía en Zaragoza (1.10.57): ‘He venido a hablar a las amas de casa del tema de los abastecimientos (...) voy a coger el toro por los cuernos. La opinión pública y la prensa está aireando este tema con razón (...) me voy a enfrentar a él con los hechos, que son las palabras más elocuentes’ (DD: 85). Y la inauguración de la feria de muestras de Bilbao en marzo de 1961 era el ‘pretexto para dirigir la palabra y hacer públicas informaciones, dar criterio, entonar *mea culpa*, lanzar rapapolvos, elogiar y advertir’; y conectar con la calle: ‘Aumentar la información: que sepa lo que se hace, por qué se hace, y por qué no se hace lo que no se hace’

ULLASTRES, A. *Discursos y declaraciones* (DD). Madrid: Ministerio de Comercio, 1957

<sup>7</sup> Por eso adquiere mayor alcance su juicio sobre el franquismo: ‘Desde el punto de vista político, el Régimen era *biodegradable*. A las personalidades mundiales que yo trataba siempre les explicaba lo mismo: que el sistema español no era como el hitleriano, o como el de Mussolini, o como el comunista, que mantenía una filosofía a machamartillo. Porque el franquismo no tenía detrás una filosofía sistemática. Nació de una emergencia e iba capeando los tiempos de una u otra manera aunque sobre el denominador común, eso sí, de autoritarismo. El sistema iba diluyéndose poco a poco, y así se demostró a la muerte de Franco’ (BARDAVÍO, 1985)

*MATESA*". Este escándalo marcó profundamente los últimos años de vida del ex ministro de Hacienda. Ullastres siempre afirmó 'que yo no soy un político en el sentido de ser un hombre ocupado en la política institucional; tampoco tengo un temperamento fisiológicamente ambicioso. Soy político en el sentido de que me preocupa, por encima de todo, el bien común, y no puedo evitar además, ser un intelectual, un universitario y un profesor. Suelo enfocar estos problemas a nivel sociológico'<sup>8</sup>.

Franco anunció que se iría a una mayor libertad en el comercio exterior. La primera declaración ministerial apunta también a una nueva política económica. Probablemente redactada por Carrero, no respondía ni a un análisis preciso de la marcha de la coyuntura ni mucho menos a un plan articulado iniciado desde entonces, pero no cabe darle más que un valor relativo. El ministro de Hacienda estuvo muy parco en su toma de posesión (*Pueblo*, 27.2). Franco conocía sus planes para poner orden en el sistema hacendístico español, tras pasar un año antes el 'examen de Carrero', que pidió 'mi opinión [de Navarro Rubio] sobre los problemas de la Hacienda Pública (...) en marzo de 1956 le escribí una simple carta en la que figuraba un pequeño repertorio de ideas'<sup>9</sup>. La idea básica era 'convertir la Hacienda Pública en un Súper-Ministerio del gasto público que centralice y coordine las necesidades económicas de los demás ministerios (...) respondiendo todos a una acción combinada y a unos objetivos de alcance nacional claramente marcados por el Gobierno'. Parece que gustó a Franco ya que en una audiencia con Navarro (noviembre de 1956) le ofreció la cartera ministerial.

Ullastres en su toma de posesión quiso recalcar su condición de técnico: 'no soy un ideólogo (...) sino un teórico de la economía. Si lo que hay en mí de castellano y mi condición de profesor universitario me han proporcionado la comprensión de los principios y de las ideas generales, mi sangre catalana (un 50 %) y la experiencia en el campo de la empresa privada me están llamando constantemente al sentido de la realidad concreta y de la vida práctica'. Al menos en lo que se refiere a su aspecto externo no logró su propósito, como recordaba años después a Bardavío: 'causé cierto escándalo cuando en los actos públicos nunca me puse la camisa azul ni el uniforme de ministro, que entonces era usual. Iba siempre de chaqué y llamaba mucho la atención porque destacaba o me diferenciaba ostensiblemente del resto de mis compañeros'.

---

<sup>8</sup> PÁNIKER, S. *Conversaciones en Madrid*. Barcelona: Kairós, 1969, p. 33

<sup>9</sup> NAVARRO RUBIO, M. *Mis memorias*. Barcelona: Plaza y Janés, 1991, p. 72-74

Pronto conocidos como tecnócratas, se consideraban “apolíticos”, lo que significaba que su interés central era servir al Estado y que pertenecían en términos generales al Movimiento más que a una facción en particular. El apelativo ‘vino de la imposibilidad de etiquetarnos políticamente –decía Ullastres a Bardavío. No pertenecíamos a las familias tradicionales del Régimen: no éramos falangistas, ni demócratacristianos, ni tradicionalistas. Éramos servidores del Estado y tenían una cierta razón en llamarnos así (...) Habíamos sido llamados porque los políticos no entendían de economía, que entonces era una ciencia prácticamente nueva en España, y entonces nos llamaron a los técnicos. A algunos políticos les molestó bastante’. En su actuación política primaba el razonamiento económico: el valor del dinero y su estabilidad pasaba a ser el objeto prioritario. La variación en la composición del gabinete resultaba ser una adaptación a los moldes políticos más al uso en el occidente europeo. El nacionalismo exacerbado y unas formas externas atípicas habían sido definitivamente arrinconados.

La competencia profesional de estos hombres en un mundo complejo marginó a Franco de la dirección diaria del gobierno pero, paradójicamente, salió fortalecida su posición al atribuirse todos los éxitos económicos de sus subordinados<sup>10</sup>. A diferencia de los falangistas, que tenían su propia clientela, ellos dependían exclusivamente del favor del General, por lo que no pensaron en desafiarle ya que esto hubiera congregado a sus rivales en torno a Franco. Carrero, López Rodó, Ullastres o Navarro Rubio le ofrecían eficacia y alivio de sus preocupaciones gubernamentales.

Esta supuesta asepsia política de los tecnócratas es tema que debe estudiarse con hondura, al igual que el rechazo que provocaba este modo de hacer. Ruiz-Giménez lo explica en una entrevista de S. Vilar: ‘No creo, repito, en la sustitución de los ideólogos por los tecnócratas. Creo que la tecnocracia es también una ideología, y desgraciadamente una de las ideologías más conservadoras. Lo que creo es que hoy no se puede ejercer la labor política con un ideal; además hace falta una información muy concreta de la realidad y unas técnicas. Técnicas de dominio de la naturaleza, y técnicas de dominio de la sociedad, o de gobierno de los hombres’<sup>11</sup>. Esta preeminencia que el democristiano atribuye a lo político frente a lo técnico y lo económico estaba muy arraigada en las altas esferas gubernamentales, lo que no pasaba inadvertido para nuestros vecinos galos, como explica un funcionario de Asuntos Exteriores en 1959. Dice: ‘he sacado la sensación de que las Autoridades francesas tienen el convencimien-

---

<sup>10</sup> PRESTON, P. *Franco*. Barcelona: Grijalbo, 1994, p. 864

<sup>11</sup> VILAR, S. *Protagonistas de la España democrática: la oposición a la dictadura, 1939-1969*. Entrevista a Ruiz-Giménez. Barcelona: Ediciones Sociales, 1968, p. 462

to de que en España se da poquísima importancia a las cuestiones económicas y, en cambio, se concede una muy grande a las políticas, y en especial si éstas son de relumbrón. Es decir, que creen que a base de satisfacer nuestro amor propio, que consideran sumamente sensible, pueden fácilmente obtener de nuestro país extraordinarias ventajas económicas, que son las que realmente interesan a Francia'<sup>12</sup>.

El apelativo de tecnócratas pronto pasaría a adquirir el carácter negativo de pertenencia al llamado *grupo Opus*, gente que se movían en torno a los miembros de esta organización religiosa que ocuparon cargos ministeriales en estos años (Navarro Rubio, Ullastres, López Rodó y López Bravo, de modo especial). Se ha presentado como eslabones de la misma cadena a los hombres del grupo *Arbor*, a los ligados a *Renovación Española* y a los herederos intelectuales de Ramiro de Maeztu. La asimilación es simplista y necesitada de muchos matices. No explica, por ejemplo, los roces entre un técnico como José María Albareda, secretario general del CSIC desde 1939 hasta 1966, con el grupo de la *Tercera*, en especial Calvo Serer, empeñado en sacar adelante su empresa intelectual, mientras el primero primaba la investigación científica sobre la política. Nunca se entendieron y, tanto uno como otros, estuvieron al margen (mejor sería decir marginados) de los cambios que se produjeron en el gobierno en 1957.

El uso del apelativo *tecnócrata* con el tiempo se cargó de sentido, a medida que López Rodó fue ocupando mayores parcelas de poder, a la sombra de Carrero, en la década de los 60. Por lo que se refiere al periodo 1957-59, la disparidad de opiniones y los sonados enfrentamientos entre Navarro y Ullastres (López Rodó estaba aún en un segundo lugar) aparcaron el debate sobre si la pertenencia al Opus Dei devenía en la formación de un grupo de poder o de presión, acusación que se usará ya con profusión a partir del nombramiento de López Rodó como Ministro Comisario del Plan de Desarrollo. Las críticas de estos primeros años se referían mas bien al tono técnico (como opuesto a político) que ambos ministros se proponían dar a su gestión, algo que chocaba con la mentalidad de los grupos falangistas que no entendían la posibilidad de una actividad pública que no fuera política. Dos ideologías enfrentadas.

Otro enfoque que ayudaría a entender mejor esos años es la comprensión del común *humus* intelectual, político, religioso, y cultural, que impregnaba a las elites políticas de esos años. De entrada todos eran franquistas y habían participado en su mayor parte en la guerra civil (por supuesto, en el bando rebelde). Eran católicos y estaban convencidos de que el Nuevo

---

<sup>12</sup> “Actitud de Francia con respecto a España en las cuestiones económicas”. De DGRE al subsecretario de Asuntos Exteriores. 16 de junio de 1959, Madrid. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, carpeta 10294, expediente 5

Estado era depositario de la herencia cristiana que había ejercido como elemento catalizador en el origen de la cultura occidental. Por lo tanto, pensaban que España tenía un papel específico que jugar en Europa: aportar la sustancia cristiana que los países forzadores de las nuevas estructuras supranacionales parecían olvidar (dominados por las ideas liberales, marxistas o masónicas). Cuando Calvo Serer viaje por toda Europa entre 1945 y 1956 el objetivo prioritario es descubrir en esas sociedades cada vez más paganizadas, elementos sanos (*restos de Israel*) que fueran capaces de extender e implantar la vieja doctrina (entroncada con la España imperial del siglo XVI) del conservadurismo cristiano reaccionario, único garante ante los peligros que representaba el comunismo, la masonería y el judaísmo. Con ese objetivo primario nació en 1948 la *Biblioteca del Pensamiento Actual*, donde se traducirán libros de filósofos, teólogos e intelectuales europeos, herederos de esa tradición conservadora.

Esta comunión de ideas entre todos los elementos sanos de la nueva España era perfectamente compatible con una diversidad en la acción, buscada a propósito desde arriba para lograr que se neutralizaran esas fuerzas antagónicas, en función de las distintas sensibilidades presentes en la coalición rebelde: tradicionalistas, falangistas, gentes de la *Tercera*, liberales tolerados, democristianos, etc. En especial, a lo largo de la década de los 50 se van a conformar tres corrientes con peso específico en lo público, en cada caso con publicaciones que harán altavoz de sus ideas. Nos referimos a los falangistas puros que se agrupan en torno a Francisco Javier Conde con el giro heterodoxo que da a la *Revista de Estudios Políticos* a partir de 1950, en la línea de Ortega, y que se aparta de la herencia intelectual de la España católica abriendo las páginas de la revista a autores de tendencia marxista y de extrema derecha, en una curiosa mezcolanza ideológica. Será el apoyo principal de José Luís Arrese en su intento por dotar al régimen de sustancia falangista en 1956. Un segundo grupo, procedente también de la Falange, se había ido conformando alrededor del *Instituto de Cultura Hispánica* que dirigía con gran eficacia Alfredo Sánchez Bella, y al que se unirían los restos de los sucesivos naufragios dentro del régimen: católicos como Martín Artajo, y falangistas desencantados con el franquismo, como Laín Entralgo, Ruiz-Giménez y Tovar. Más tarde se le unirán Manuel Fraga. También se encuentra en esa órbita *Cuadernos Hispanoamericanos*. El tercer grupo con influencia real en la vida política era la *Tercera*, con la revista *Arbor* como buque insignia, y los consabidos Calvo Serer, Pérez Embid, y Fontán como elementos más destacados. Es un grupo de monárquicos juanistas, por tanto opuestos a los falangistas que propugnaban nombrar un regente del estilo de Muñoz Grandes, y con fuerte acento en la sustancia cristiana de su proyecto. La relación entre los tres conglomerados fue fluida hasta la polémica entre Calvo Serer y Laín sobre el “problema” de España, y el artículo del primero en 1953 en *Le Monde*, que le



valió el cese de sus cargos en el CSIC (incluida la redacción de *Arbor*). Hasta esa fecha es práctica común que se soliciten artículos, colaboraciones o reseñas entre todas estas publicaciones, y que compartan escenarios en los cursos de verano de Santander y de San Sebastián. Es a partir de esa fecha cuando comienza a agriarse la relación, y aparecen las críticas.

Otro aspecto que quizá debe ser revisado es la división en etapas del franquismo que, en mi opinión, tiene mucho de artificiosa. Me refiero a la que suele hacerse en función de la preponderancia de una familia del franquismo: falangista, católica, tecnocrática. Creo que es mucho más fértil si llevamos el análisis a las tensiones que surgen entre ellas y la posición que adopta en cada momento el peso que mueve la balanza hacia un lado u otro, a saber, Franco. La tensión principal es la que aparece entre falangistas y católicos. Los primeros aportan el ingrediente laical, estatalista, la deriva totalitaria de su origen fascista, resultado de los apoyos del régimen durante la guerra (Alemania, Italia). Su elemento renovador (la revolución pendiente) contrastaba con el aire apolillado de la oligarquía conservadora y monárquica. Esto explica la “falangistización” del ideario franquista por parte de un grupo minúsculo en su origen. El elemento católico representa un tradicionalismo reaccionario que se apoya en el arco de *Renovación Española* a *Acción Española*. Se irán sucediendo en orden cronológico: los tradicionalistas, los católicos de la ACN de P (Martín Artajo, Ruiz-Giménez), y los hombres del Opus Dei. El tercer elemento es el militar, el más poderoso, el más dócil, el engrudo que sirvió siempre para pegar, siquiera precariamente, los dos primeros. Aporte el ordenancismo, la economía cuartelera. El lugar en el que Franco se encontraba más a gusto fue siempre a camino entre lo militar y lo católico, no cerca del falangismo, al que utilizó para sus intereses de control, y se apropió de su simbolismo, de sus hombres y de sus ideas.

FET y de las JONS fue un intento fallido de unificar por decreto oficial lo que era ciertamente agua y aceite. La FE nunca fue Tradicionalista, las JONS adornaban el nombre y poco más, y los carlistas no aceptaron nunca el papel dominante de los falangistas en el gobierno. Su referente única será Franco y en torno a él tiene lugar la escisión entre tradicionalistas afranquizados (Rodezno, Valiente, Oriol) y no posibilistas (Fal Conde). La continuación de FET, el Movimiento Nacional, era una cáscara hueca, simulacro de partido, recipiente de ubicación de los integrantes de la coalición reaccionaria, instrumento para dar puestos y recompensas a los vencedores. Se parecía más a una estación reguladora del tráfico ferroviario que a una estructura política. Había que regular la distribución de prebendas entre los buenos españoles. En este sentido, para Franco los militares eran los primeros, se ocupó de que no faltara a la alta oficialidad la propiedad de fábricas, pequeñas industrias, tierras; cosa distinta serán

los militares de rango medio y bajo, mal pagados, aunque siempre leales. Los falangistas se las apañaron para controlar el aparato sindical y colocar allí a sus adeptos. Los que menos recibieron fueron los tradicionalistas y los católicos, muchos compartían la doble pertenencia al ser también militares (alféreces provisionales), otros optarán por el mundo de la empresa (los empresarios de Franco), y un grupo menor por el mundo académico. Será este último grupo el que más se quejará de la desigualdad del reparto. Todos eran de tendencia monárquica, excepto los falangistas entre los que dominaba un cierto presidencialismo.

Con estos mimbres, y otros, espero en futuros trabajos analizar las consecuencias del choque ideológico entre políticos y técnicos, especialmente en los dos grandes programas económicos que acometió el franquismo, el plan de estabilización y los planes de desarrollo.